

Revisitando a Feijoo: las (re)lecturas de las tradiciones y la encrucijada de la educación literaria

Revisiting Feijoo: the (re) readings of the traditions and the crossroads of literary education

Eloy Martos Núñez

Universidad de Extremadura

emartos@unex.es

ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0003-2427-4180>

Aitana Martos García

Universidad de Almería

aitmartos@gmail.com

ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0001-6337-2504>

DOI: 10.17398/1988-8430.29.131

Fecha de recepción: 11/06/2018
Fecha de aceptación: 10/09/2018

Esta obra está publicada bajo una licencia Creative Commons



OPEN ACCESS

Martos Núñez, E. y Martos García, A. (2019). Revisitando a Feijoo: las (re)lecturas de las tradiciones y la encrucijada de la educación literaria. *Tejuelo* 29, 131-160.
Doi: <https://doi.org/10.17398/1988-8430.29.131>

Resumen: Este estudio revisa la actualidad de la obra y los planteamientos del Padre Feijoo en relación a la educación literaria. Se analizan las (re)lecturas de Feijoo sobre las tradiciones y se concluye que son obsoletas y modernas en diferentes grados. Su didacticismo y moralismo, y su concepción peyorativa sobre las tradiciones, le impiden acceder a la dimensión poética que la hermenéutica analógica moderna ha puesto en valor. En cambio, es moderna su actitud como recopilador *avant la lettre* de tradiciones populares y su interés por los imaginarios y su curiosidad hacia aspectos hoy revalorizados como propios del patrimonio inmaterial, como las leyendas. Todo ello abogando por una nueva perspectiva intertextual y hermenéutica, que concilie las fuentes populares con la herencia literaria, y la hermenéutica clásica con la analógica.

Palabras clave: Mito; leyenda; lectura crítica; Feijoo; educación literaria.

Abstract: This study deals with the actuality of the work and the approaches of Father Feijoo in relation to literary education. The (re) readings of Feijoo on the traditions are analyzed and it is concluded that they are obsolete and modern in different degrees. His didacticism and moralism, and his pejorative conception of traditions, prevent him from accessing the poetic dimension that modern analogue hermeneutics has put in value. Instead, his attitude as an *avant la lettre* compiler of popular traditions and his interest in imaginaries and his curiosity towards aspects revalued today as characteristic of intangible heritage, such as legends, is modern. All this by advocating a new intertextual and hermeneutic perspective, which reconciles the sources of popular with literary heritage, and classical hermeneutics with analogical.

Keywords: Myth; Legend; Critical Reading Feijoo; Literary Education.

Introducción: la (in)actualidad de Feijoo y su *Teatro Crítico* para la educación literaria

La figura del Padre Feijoo es un clásico y un referente inexcusable en la literatura del s. XVIII, lo cual no obsta para que en este artículo, desde el punto de vista de la didáctica de la literatura, debatamos en qué medida puede resultar obsoleto o bien actual para los jóvenes lectores de hoy. En efecto, el padre Feijoo publica, entre 1724 y 1760, una serie de disertaciones o discursos “en todo género de materias para desengaño de errores comunes”, a este respecto ya Marichal (1951) subrayó su “papel desengañador de las Españas”.

Pero, por encima de estos condicionantes, su obra revela un afán de “curiosidad” intelectual y de didactismo, que él encauza precisamente a través del género ensayístico (Giordano, 1970), si bien esta literatura de pensamiento, por así decir, es de difícil recepción actual, como también ocurre con otros clásicos emblemáticos.

En plena época del twitter y de la posverdad, esta prosa de gran aliento que incursiona en todo tipo de cuestiones y controversias -hoy en desuso por así decir-, trufada además de erudiciones, se hace difícil de instrumentar didácticamente. Con todo, la mirada crítica hacia tantos temas y su afán desmitificador, esto es, depurador de supercherías, bulos, fraudes o simples disparates, lo hacen un autor apreciable en nuestro actual contexto de la posmodernidad, desde el ejercicio de la llamada literacidad crítica (Martos García, 2009). Su compromiso intelectual, que trataba de aunar la libertad de juicio y su ferviente catolicismo, es también un ejemplo de un intento de equilibrio, hoy no menos sugerente ante mentalidades y posiciones tan contrapuestas.

Como método, cuando Feijoo elige un tema de la mitología o el folclore popular, sean las sirenas o un festejo como el Toro de Coria, elude todo dogmatismo e intenta iluminar y deshacer los prejuicios con un análisis racionalista a ultranza. Al igual que M. Soriano (1975) subraya a propósito de Ch. Perrault, en realidad hay una consciencia de la credulidad del pueblo en relación todas estas historias, que él vincula a la ignorancia. El pueblo llano, al igual que el niño, es fácil de ser engañado con estas fantasías desmedidas. De hecho, su visión acerca de las tradiciones populares es bastante peyorativa: *¡Qué quimeras, qué extravagancias no se conservan en los pueblos a la sombra del vano pero ostentoso título de tradición! ¿No es cosa para perderse de risa el oír en éste, en aquél y en el otro país, no sólo a rústicos y niños, pero aun a venerados sacerdotes, que en tal o tal parte hay una mora encantada, la cual se ha aparecido diferentes veces?* (Tomo V, 351).

Acierta, sin duda, en los excesos o "extravagancias" con que se adornan muchos de estos relatos. Sin embargo, lo que Feijoo presenta con el clásico desdén de los ilustrados (Ceñal, 1964), es hoy base de lo que conocemos como *patrimonio inmaterial* o intangible, como las creencias, mitos, leyendas, rituales o fiestas, que no pueden ser juzgadas solo con los parámetros de la verdad científica. Lo cierto es que muchos de estos asuntos "fantásticos" aparecen en su monumental obra, y también los vemos de forma recurrente en los propios títulos de sus *Cartas*.

En todo caso, curiosamente, este “perseguidor” de supersticiones y de bulos (Ortiz, 2006), este benefactor al que parece inspirar el espíritu más “moderno” e inquisitivo, no puede dejar de manifestar, como Pablo de Tarso, el mismo síndrome: al tratar de “diseccionar” los relatos y creencias en cuestión, a menudo no se limita a meras alusiones o referencias vagas; al contrario, nos literaturiza algunas de estas leyendas y tradiciones, hasta tal punto que a veces nos las cuenta “con pelos y señales”, llegando a ser, por tanto, una fuente aún hoy útil.

Por otra parte, la clave de lo que hemos llamado la *encrucijada de la educación literaria* y de la diversidad de prácticas letradas (Martos García, 2009) no está, si hemos de priorizar, en los autores, ni en el aparato textual o bibliográfico con que se construyen los estudios literarios y didácticos, sino -como ya estableciera la Estética de la Recepción- en la propia *recepción* cambiante de estos textos por parte de los lectores actuales y en la capacidad activa de estos para *apropiarse* o *resignificar* dichos textos (Ballester e Ibarra, 2013). Todo ello, teniendo en cuenta el contexto actual de los alumnos, cuyo universo mental es tan diferente al de la Europa dieciochesca, si bien precisamente en figuras como Feijoo o Jovellanos están en España los gérmenes de la educación moderna (Del Pozo, 1953). Y también considerando la propia historiografía de nuestra área (Núñez y Campos, 2005), el entrelazamiento entre la didáctica de la literatura y la praxis de la animación a la lectura (Encabo y López Valero, 2004) o el pluralismo metodológico (Ballester e Ibarra, 2009) que impregna la docencia o didáctica de la literatura, en una época de cambios de paradigma, todo lo cual deriva en conflictos de identidad profesional, confusión, vaivenes de todo tipo, en suma.

Pero, con todo, el espíritu librepensador o el sentirse ciudadano de la República de las Letras (Martos Núñez, 2010), serían señas de identidad a compartir por las personas que hoy se aproximen a estos textos, aunque sea difícil, por ejemplo, percibirlos con “los ojos de hoy” las controversias sobre la naturaleza de los duendes y el aparato crítico de que hace gala Feijoo -que glosaremos más adelante-, y a pesar de

que la Fantasía sea una corriente de éxito continuado entre los autores de literatura infantil y juvenil. Sustituir este punto de vista doctrinal o apologético, propio de estos autores del s. XVIII, por una mirada más amplia, es lo que permitiría "revisitar" a Feijoo y establecer, al modo de Bajtin (1974) un juego dialógico e intertextual, pues su curiosidad por tantos y tantos seres fantásticos sería una buena excusa para adentrarse en este tipo de literatura, aun cuando su tono ensayístico se aleje de los hábitos lectores de un adolescente.

1. Memoria cultural y antileyendas

Es verdad que esta explicación racional de lo narrado, esta versión refutada que aporta la dialéctica de Feijoo, en realidad adopta la forma de una "antileyenda" (Zavala, 1998), es decir, contradice las formas dialogales o narrativas de la leyenda tradicional o del mito, pero sirven en todo caso de testimonio o de documento-espejo del relato que se quiere poner en tela de juicio.

Ciertamente, el “vulgo” de la época de Feijoo venía influenciado por las comedias barrocas de *magia* y por la literatura de cordel y sus esquemas mentales (Caro Baroja, 1969; Marco, 1977). La *confusión entre ortodoxia y creencias descabelladas* está en la propia raíz de muchas de estas historias, como las de santos y eremitas del tipo de San Antonio Abad (Abad, Ermitaño, Enterrador, Santo y Veterinario, todo en uno) o San Pablo el Ermitaño, etc. En tales historias *ejemplares* vemos *amalgamados* elementos precristianos y cristianos, con naturalidad y “en total promiscuidad”. Tanto, que hace que el Padre Feijoo se dedique a expurgar o “cribar” estas tradiciones con todo un arsenal de “argumentos doctos”:

5. Diodoro Siculo, Autor recomendable, refiere, que a Dionisio, Tirano de Sicilia, fueron presentados unos monstruos, cuales pintaban los antiguos los Sátiros; y Plutarco, que no es de autoridad inferior a Diodoro, dice, que a Syla, pasando por Albania, mostraron un Sátiro, que en un bosque habían cogido.

6. A los testimonios de estos dos Autores profanos pueden añadirse los de otros dos Escritores Eclesiásticos. Estos son San Atanasio, y San Jerónimo. Aquel en la Vida de San Antonio Abad, y éste en la de San Pablo primer Ermitaño, cuentan, que el Grande Antonio encontró en el desierto un monstruo de estos, el cual, preguntado quién era, respondió ser uno de aquellos, que el vano error del Gentilismo veneraba debajo del nombre de Sátiros, Silvanos...

7. Pero confieso, que esta última noticia siempre me hizo tan grave dificultad, que me es imposible darle asenso. Yo creo, que hubo Sátiros, y acaso los hay hoy; pero no Sátiros de esta nota, no Sátiros racionales, o en caso que racionales, no Cristianos, no con habla, y que vivan hermanos, y como congregación. El que haya tal casta de hombres, no solo distintísimos de nosotros en la organización, mas también totalmente separados en cuanto al comercio, naturalmente excita la idea de que no son hijos del mismo padre común que nosotros; lo cual es contra lo que ensaña la Fe, como notamos en el Tomo V, tratando de los Preadamitas.

13. Negados, pues, Sátiros racionales, y con uso de locución, solo admitidos Sátiros brutos, o embrutecidos, y mudos, cuales eran aquellos de quienes hablan Diodoro Siculo, y Plutarco éste con expresión refiere, que habiendo hablado al Sático, presentado a Sylá, por Intérpretes de varias lenguas, no solo no respondió a alguna, pero ni se le oyó son alguno articulado; ni aun la voz tiraba a la humana, sí solo a una confusa mezcla de caballar y caprina...

15. Muchos eruditos son de sentir, que el Dios Pan, Sátiros, Silvanos, Íncubos, y Faunos, todos eran una misma cosa debajo de diferentes nombres. Así dicen, que no hubo un Pan solo, sino muchos, para lo cual hay testimonios claros en los antiguos Poetas. En efecto el Dios Pan era pintado por los Gentiles en la misma forma que los Sátiros; esto es, con cuernos, cola, y pies de cabra, en lo demás humano el aspecto. Tenía el Dios Pan especialísimo culto entre los Pastores, como singular patrono suyo. Así Ovidio le llama Dios del Rebaño: Virgilio, y otros Poetas, ya Dios de los Pastores, ya Dios de la Arcadia (Provincia pastoril por antonomasia). Nótese ahora, que los pastores son la gente más ocasionada que hay en el mundo a los crímenes de bestialidad, ya por su ruda educación, ya por la continua asistencia a los ganados, ya por faltarles otro menos torpe desahogo a la lascivia. Todo lo dicho coincide [260] a hacer creíble, que habiendo nacido algunos individuos de esta tercera especie semicaprina, y semihumana en la figura, por la abominable commixión de Pastores con cabras, la

barbarie, junta con la malicia de aquella rústica gente, quisiese autorizar el delito, atribuyendo una especie de divinidad al parto (lo que venía a ser producir otro monstruo mental harto más horroroso que el físico); y luego como cosa propia la constituyesen Deidad tutelar suya...

Teatro crítico universal. Tomo sexto- Discurso séptimo, sobre Sátiros, Tritones y Nereida

Feijoo hace un encomiable esfuerzo por *iluminar* estas historias desde la ortodoxia de la tradición católica y, a la vez, desde los conocimientos científicos¹. La conclusión es *evemerista*: los sátiros o Faunos no son más que monstruos o engendros creados por los propios

¹ Algo similar hace Feijoo cuando haciendo eco de un suceso o prodigio de los que narraban las relaciones del s. XVIII, responde a una consulta curiosa, a caballo entre lo biológico y lo moral: Respuesta a la consulta sobre el Infante monstruoso de dos cabezas, dos cuellos, cuatro manos, cuya división por cada lado empezaba desde el codo, representando en todo el resto exterior, no más que los miembros correspondientes a un individuo solo, que salió a luz en Medina-Sidonia el día 29 de Febrero del año 1736. Y por considerarse arriesgado el parto, luego que sacó un pie fuera del claustro materno, sin esperar más, se le administró el Bautismo en aquel miembro. Estos monstruos de las expresadas circunstancias, aunque no muy frecuentes, tampoco son de los más raros. El docto Premonstratense Juan Zahn en un larguísimo Catálogo de varios monstruos, cuyas noticias extrajo de muchos Autores, y que se vieron en diferentes siglos, y regiones, comprehende hasta treinta y cuatro de la misma especie del que apareció en esa Ciudad; esto es, de infantes bicipites, u de dos cabezas; Los monstruos, de que hasta aquí hemos hablado, no deben confundirse con otros, a quienes no es justo llamar bicipites, sino bicorpóreos, porque consisten en dos cuerpos enteros, con todos sus miembros distintos; pero unido un cuerpo a otro por alguna parte (...) La segunda cae sobre el hecho, de que habiendo principiado su nacimiento por uno de los dos pies, y reconociendo el riesgo de que saliese muerta la criatura, que se juzgó sólo una, se bautizó, echándole agua en el pie que descubría. Esto excitó la cuestión, que se me propone, si, en caso de constar el monstruo de dos almas, o de dos individuos, quedaron ambos bautizados, o uno sólo. La duda propuesta de este modo, envuelve la suposición, de que por lo menos uno de ellos quedó bautizado. Pero yo pretendo, que esto no se debe suponer, sino inquirir. Así la pregunta se debe dividir en dos. La primera, si quedaron ambos bautizados. La segunda, si en caso de no ser así, lo quedó alguno de ellos. Feijoo, Cartas eruditas y curiosas, Carta VI.

pastores por sus prácticas de *bestialismo*². Sin embargo, las escenas aludidas del encuentro con “estos seres” son *per se* inquietantes, por lo agreste del paisaje, la aparición de estas figuras y su comportamiento insólito; de modo que el ser estos sátiros racionales y con uso del habla es lo que más choca al fraile benedictino. Pues bien, las tradiciones españolas están llenas de esta misma coalescencia entre elementos mitológicos distantes y distintos, que sin embargo la memoria cultural se empeña en argamasar: ocurre en la tradición jacobea (Santiago + la Reina Lupa), en muchas tradiciones marianas y en un sinfín de historias locales, donde Cristo o la Virgen debe enfrentarse a lagartos o monstruos que parecían ya estar allí desde antes (v. gr. *El Lagarto de Calzadilla*, a quien se enfrenta el Cristo de Calzadilla).

En síntesis, es loable el proyecto del Padre Feijoo de catalogar y mostrar en un “teatro universal” esta especie de “*catálogo de imaginarios*”, pero con *nuevas intenciones*. La primera, prescindir, claro, del moralismo, de tildar tales o cuales imágenes de errores o verdades, porque ese no es un debate que nos interese desde el propósito de la educación literaria. Por tanto, no trataremos ni de desentrañar con el argumentario de Feijoo ciertos “errores” ni tampoco de defender la veracidad de las historias.

² El tema de los niños monstruosos es algo muy recogido en el folklore europeo: Tenemos el Tipo 708, El niño maravilloso, donde por el poder de su malvada madrastra una princesa da a luz a un monstruo y la destierran. El monstruo la ayuda hasta que todo sale bien. El monstruo es transformado en príncipe. Desarrolla varios subtipos, de los cuales nos interesa el I, El niño monstruo, (a) por las hechicerías de una bruja, o (b) el poder de una manzana mágica, etc. que le da a comer su madrastra, una doncella da a luz un monstruo. También tenemos el tipo 711, La gemela hermosa y la fea, que trata de una doncella deforme desencantada: una reina infecunda, aconsejada por una bruja, pare dos hijas, una de ellas deforme (con la cabeza de animal).

2. Fuentes tradicionales y literatura "mixta" en el universo discursivo de Feijoo

El Padre Feijoo cita muchas fuentes clásicas pero apenas explicita lo que consideraríamos etnotextos u otros géneros parafolclóricos que pudieran esclarecer las versiones de los relatos tradicionales que comenta. Sea como sea, sí podemos aproximarnos a las preconcepciones sobre las leyendas que subyacen a sus escritos. De entrada, sabemos (Martos Núñez, 2007) que la leyenda es un *discurso abierto* y que se transmite por *esquemas temáticos*, fragmentario (en construcción por la comunidad), *vinculado* a un contexto específico, y *liminar* (entre unos géneros y otros, géneros largos y cortos, palabras y ritualización).

Todo lo cual explica bien su *simplicidad* e *inestabilidad estructural* y *retórica*, a diferencia de la "fijeza" que tienen otras modalidades como el cuento maravilloso o el romance, con unos recursos retóricos ya decantados en la tradición (formulismos, enumeraciones, antítesis, paralelismos) y que dan fijeza y consistencia a los textos. Nada de esto ocurre en las leyendas, enorme lables o variables, y que por ello mismo pueden reducirse a una mera alusión o diálogo, o bien extenderse en forma de relatos complejos, de extensión equivalentes a las de un cuento o una novela breve, como es el caso de Melusina y sus variantes. Del mismo modo, puede aparecer en prosa (consejas), en verso (romances y baladas) o en forma dramatizada o bien escenificada otras formas paralitúrgicas, procesiones, etc., por no hablar de su traslación a soportes no verbales, iconos, monedas, exvotos, cerámica, aunque nada de esto parece importar mucho a la mirada escéptica de los ilustrados.

Entre las formas más primitivas, tenemos el caso del *sucedido* o *anécdota* llamada también *memorata*, según el término inventado por Von Sydow (1965), que se caracteriza por no tener una *intención literal*, estar abierta en su composición, y apuntar indistintamente a una forma oral o escrita, y generarse a menudo en un ámbito familiar o vecinal; por ejemplo, muchas leyendas nobiliarias y muchas tradiciones

piadosas han surgido de esta forma, y se han acuñado como *fabulatas*, a medida que se ha decantado y extendido una versión. La fabulata de Von Sydow está en el origen de lo que hemos llamado *paleoleyendas* (Martos Núñez, 2007), esto es, una tradición formada para perdurar, por tanto, con una intención de *literalidad*, y que recoge una *constelación de motivos* muy breves (Thompson, 1972), susceptible luego de ensartarse hasta conformar un Tipo narrativo determinado. En realidad, esto interesa en tanto que en Feijoo lo que tenemos a menudo es leyendas literaturizadas (García de Diego, 1958), ampulosas y con eventuales digresiones o interpolaciones.

Desde esta mentalidad hipercorrectiva, los ilustrados como Feijoo tienen que “testear” estas tradiciones, para acogerlas o reprobarlas, y situarlas además en un contexto preciso. Hoy interesa más el enfoque que por ejemplo Linda Degh (2001) atribuye a las leyendas urbanas. Para esta folclorista eslava afincada en los Estados Unidos, el problema ya no es la credibilidad o veracidad -puesto que muchas de estas historias se dicen de lugares y contextos muy diferentes- sino la *plausibilidad* de dichas historias, es decir, sus propiedades narrativas.

Así pues, un catálogo de “imágenes de lo invisible” en la península ibérica debe sostenerse desde una perspectiva no localista sino universalista, propia de la mitología comparada. Claro que no se trata de recopilar un simple “museo de tradiciones”, de “rarezas”, a modo de “artefactos” más o menos “frikis” que se pudieran mostrar y exhibir como una especie de “*parada de monstruos*”³, destinada al entretenimiento más o menos sesgado o superficial. Antes al contrario, debemos tomar estas historias como parte de una *memoria colectiva viva*, en *proceso*, y por tanto solo cabe acceder a ella desde nuestros propios esquemas culturales, que no son los del. s. XVIII. *Releer y re-entender* estas historias supone un proceso activo de nuestro cerebro⁴ de “jugar” a comprender estas historias, lo cual supone interpretarlas en su

³ “Parada de monstruos” es el título en castellano de la película *Freaks* es una cinta dirigida por Tod Browning en 1932.

⁴ Pero también el “cerebro social”, en línea con lo ya avanzado por la neurociencia (Goleman, 2015).

sentido más amplio, y lo menos restrictivo posible, es decir, sin filtros de moralidad o de verdad científica.

Precisamente uno de los valores del padre Feijoo es este esfuerzo de “expurgo” de estos imaginarios, a fin de separar no solo la doctrina revelada de lo espúreo, sino todo lo maravilloso plausible, deslindándolo del simple disparate o embaucamiento. Para ello, nuestro autor “disecciona” las fuentes y los testimonios, llevando a cabo lo que hoy podríamos catalogar como una deconstrucción hermenéutica de estas narrativas míticas.

2.1. Estudio de casos

Son muchas las temáticas abordadas por el autor, hasta el punto de constituir una literatura llena de digresiones, “mixta”, como subraya Varela (2017):

El ensayo de Feijoo es, pues, literatura mixta; es, como el libro de Pero Mexía -reeditado continuamente hasta mediados del s. XVII-, una «silva de varia lección». Con unidad de propósito, Feijoo nos brinda variedad de temas y problemas: eclipses y cometas, artes adivinatorias, métodos curativos, propiedades de minerales y plantas, anécdotas históricas o mitológicas, historias de energúmenos y de endemoniados, experiencias físicas, problemas de psicología o de fisiología, de lengua, de sociología, de política, de enseñanza. Todo cabe en este ameno y crítico «totum revolutum», en este teatro mixto cuyo fin se adivina beneficioso a la fe y a las costumbres. No se precisa orden, o al menos otro orden que el mental. Mexía, el gran predecesor -y luego veremos lo que realmente les separa, que es tanto como lo que les une-, declara igualmente no estar obligado a *guardar propósito ni orden en la Silva*, y por eso le puse este nombre, antes escribo las cosas a caso como se me ofrecen o a mí me parece, y discurre amenamente sobre arte militar, sobre la muerte, tritones y nereidas, propiedades de animales, yerbas o piedras, sobre el parecido físico, sobre la concordia conyugal, sobre la estatura ideal del hombre, sobre la historia de los turcos, sobre historia antigua, sobre el Anticristo, sobre la campana y sus conjuros, sobre la necesidad y excelencia del agua, sobre los días caniculares, sobre las amazonas. Es el mismo «totum revolutum», aunque con un destino disímil, que ya refleja el título: *Silva de varia lección ... en la cual se*

tratan muchas cosas agradables y curiosas. Feijoo busca lo curioso, pero conoce, por las muchas «Oposiciones» que sufre desde el principio de su obra, la antipatía con que se acoge una empresa cuya meta no es lo agradable, sino desterrar el error común, la práctica supersticiosa, el engaño lucrativo; o sea, dicho de otro modo, la Verdad (Varela, 2017: 81)

Haremos mención solamente de algunos casos significativos y dignos de ser comentados por su resonancia actual. Por ejemplo, la controversia de los duendes, que es muy reveladora en cuanto a cómo lo que aparece en forma de consejas o anécdotas propias del folclore es elevado por Feijoo a polémica teológica, a través de diversas digresiones. Así, a este respecto, argumenta en detalle:

El Padre Fuentelapeña en su libro del Ente dilucidado, prueba muy bien que los Duendes ni son Ángeles buenos, ni Ángeles malos, ni Almas separadas de los cuerpos. La principal razón es, que los juguetes, chocarrerías, y travesuras que se cuentan de los Duendes, no son compatibles, ni con la majestad de los Ángeles gloriosos, ni con la tristeza suma de los condenados. Esta razón milita del mismo modo respecto de las almas separadas; porque estas, o están en gloria, o en pena: para las gloriosas son indecentes estas diversiones; y las que están penando no son capaces de gozarlas. A esto se puede añadir, que sería una incongruidad suma en la Divina Providencia permitir que aquellos espíritus, dejando sus propias estancias, viniesen acá solo a enredar, y a inducir en los hombres terrores inútiles (*Teatro crítico universal*, Tomo tercero, Discurso cuarto, Duendes y Espíritus familiares).

La mitología popular castellana ya distinguía entre martinicos, diaños, trasgos, gnomos, encantadas, hadas o elfos. El libro de fray Antonio de Fuentelapeña *El ente dilucidado: discurso único novísimo que muestra que hay en naturaleza animales irracionales invisibles y quales sean* (1676) dio una exégesis de los duendes que el Padre Feijoo refuta punto por punto, acudiendo a multitud de fuentes clásicas, Heródoto, Suetonio, etc.

Análogamente, Feijoo se rebela en sus escritos contra el sentido excesivamente milagrero de alguna de las advocaciones marianas:

Muy señor mío: Ordéname Vmd. le escriba mi sentir sobre el asenso que merecen los milagros continuados, o continuación de milagros, que se refieren de algunos Santuarios; proponiéndome por ejemplos el de nuestra Señora de Valdejimena, donde los que padecen Hidrofobia, indefectiblemente mueren, si están en tal, y tal estado; e indefectiblemente sanan, si están en otro: Y el de nuestra Señora de Nieva, a cuyo término se acogen los brutos, cuando presienten tempestad; y en cuya jurisdicción ningún viviente perece con ella, como ni en los que traen Retrato tocado a aquella Sagrada Imagen...

Y, en la misma línea escéptica, arguye diversas causas naturales y nada taumatúrgicas para explicar los fenómenos.

En esta misma dirección también se puede comprender la siguiente diatriba contra los supuestos prodigios de las imágenes:

Cuántos llantos, o sudores misteriosos de sagradas estatuas corrieron en varios Países que no tuvieron más existencia que las que les dio un engañoso viso, o una imaginación fanática! En los primeros años de este siglo se proclamó tanto el sudor de un Crucifijo, no como término, sino como síntoma de la enfermedad que entonces padecía España, que pasó a los Reinos extraños la noticia como muy verdadera, siendo fabulosa; y en un Autor Francés la vi yo impresa, como cosa en que no había la menor duda. Así pasan a los libros los rumores vulgares. Del mismo modo se introdujeron en las mejores historias que nos dejó la antigüedad otras ficciones semejantes. Lucio Floro refiere que la estatua de Apolo Cumano sudó cuando los Romanos movían las armas contra Antíoco, Rey de Siria [...] A no pocos oí decir que han observado el rostro de alguna imagen, con quien tenían especial devoción, ya triste, ya festivo: de donde supersticiosamente colegían, ya el buen, o mal estado que sus conciencias al presente [132] tenían, ya los accidentes prósperos, o adversos que los esperaban. Persuádome a que la alegría, y la tristeza se pintaban en su fantasía, y no en el semblante de la estatua. Ni creo que tuviese más realidad que ésta lo que dice Plinio de la Diana de Chio, cuyo rostro veían triste los que entraban en el Templo, y alegre los que salían (*Teatro Crítico*, Tomo 3 – Discurso 6- num. 51).

En fin, nuestro autor satiriza a menudo el afán “milagrero” del pueblo, y, por ejemplo, comenta que “*como la Ciudad de Edesa se hizo famosa con la supuesta Carta de Cristo a Abgáro, la de Mecina ha pretendido y aún pretende hoy ilustrarse con otra de su Madre*

Santísima, escrita a sus Ciudadanos, la cual guarda como un preciosísimo tesoro”, es decir, desenmascara el carácter apócrifo de estas tradiciones y la debilidad de los argumentos en que se sustentan. Hay otras leyendas similares, como los que conciernen a reliquias de Santos. Así, el propio Feijoo reseña el caso del hueso de San Cristóbal, que se muestra en Venecia, y del diente del mismo Santo, que se dice hay en Vercell, hallando que no pueden ser del santo sino de “*bestias muy corpulentas*”. Claro que la supuesta estatura gigantesca del santo bien “*pudo ocasionar la fábrica de aquella fábula*”, dado que al Santo Mártir se representa conduciendo a Cristo sobre sus hombros.

Lo que pasa es que al *des-piezar* estas versiones para *desacreditarlas*, en realidad lo que hace es re-contarlas de otra manera, por eso reiteramos que las *antileyendas* son en realidad formas de contar las leyendas mismas que se pretende combatir. Es lo que hace cuando enumera los *mitos marinos* que nublan el entendimiento del pueblo, pero no puede por menos de reconstruir esta memoria legendaria -aunque sea para interrogarlos o dialogar con ellos-, con lo cual contribuye a visibilizarlos de algún modo. Es lo que pasa cuando trata de *desmontar una leyenda*, por ejemplo, el Hombre Pez de Liérganes.

Lo mismo ocurre cuando glosa una leyenda de iconos milagrosos. A pesar de las refutaciones del padre Feijoo, el resultado práctico es que el *patrón de la historia se perpetúa*, como vemos a tenor del discurso siguiente:

La primera, y más célebre que ocurre, es de la Carta, y Efigie de Cristo Señor nuestro, enviada por el mismo Señor al Rey de Edesa Abgáro. Refiérese el caso de este modo. Este Príncipe, el cual se hallaba incomodado de una penosa enfermedad habitual (unos dicen Gota, otros Lepra) habiendo llegado a sus oídos alguna noticia de la predicación y milagros de Cristo, determinó implorar su piedad para la curación del mal que padecía, haciendo al mismo tiempo una sincera protesta de su fe. Con este designio le escribió la siguiente Carta: Abgáro, Rey de Edesa, A Jesús, Salvador Lleno de Bondad, que se manifiesta en Jerusalén. Salud. He oído los prodigios y curas admirables que haces, sanando los enfermos sin hierbas ni medicinas. Dícese, que das vista a

los ciegos, recto movimiento a los cojos, que limpias los leprosos, que expeles los Demonios y Espíritus malignos, restableces la salud a los que padecen incurables y prolijas dolencias, y revocas a vida a los difuntos. Oyendo estas cosas, yo creo que eres Dios, que has descendido del Cielo, o que eres el Hijo de Dios, pues obras tales prodigios. Por tanto me he resuelto a escribirte esta carta, y rogarte afectuosamente tomes el trabajo de venir a verme, y curarme de una enfermedad que cruelmente me atormenta. He sabido que los Judíos te persiguen, murmurando de tus milagros, y quieren quitarte la vida.

Yo tengo aquí una Ciudad, que es hermosa y cómoda, y aunque pequeña, bastará para todo lo que te sea necesario. La respuesta del Redentor fue en esta forma: Bienaventurado eres Abgáro, porque de mí está escrito: que los que me vieron no creen en mí, para que los que no me vieron crean y consigan la vida. En cuanto a lo que me pides de que vaya a verte, es necesario que yo cumpla aquí con todo aquello para que fui enviado, y que después vuelva a aquel que me envió. Cuando haya vuelto, yo te enviaré un Discípulo mío que te cure de tu enfermedad, y que dé la vida a ti y a los que están contigo.

[...] A la tradición, que hemos impugnado, se la dio después por compañera otra, que hace un cuerpo de historia con ella. Cuéntase, que el mismo Rey Abgáro envió a Cristo Señor nuestro un Pintor, para que le sacase copia de su rostro; pero nunca el Artífice pudo lograrle, porque el resplandor divino de la cara del Salvador le turbaba la vista y hacía errar el pincel. En cuyo embarazo suplió milagrosamente la benignidad soberana del Redentor el defecto del arte humano; porque aplican [al rostro un lienzo, sin más diligencia sacó estampadas perfectamente en él todas sus facciones, y este celestial Retrato envió al devoto Abgáro. Esta tradición se ha vulgarizado y extendido mucho por medio de varias pinturas de la Cara del Salvador, que se pretende ser traslados de aquella primera imagen; y con este sobrescrito se hacen sumamente recomendables a la devoción de la gente crédula... (Feijoo, Tomo V, D. XVI).

También era un lugar común que los prodigios, los fenómenos de la naturaleza y ciertos sucesos personales, como crímenes, nacimientos anómalos o de monstruos o casos como el de la *Campana de Velilla*, fueran tomados como señales divinas. Feijoo, que en otros textos se refiere irónicamente a supuestas *señales míticas*, como la del Salto de Roldán, le dedica una extensa disertación a este supuesto prodigio, partiendo de un manuscrito que le remite la Condesa de Atarés, sopesando con su habitual erudición dichas informaciones y razonando sus dudas sobre la veracidad del mismo. Por ejemplo, apunta que

cuando se tañe la Campana de Velilla, a menudo hace mucho viento, con torbellinos y tiempo borrascoso.

Conocida es especialmene su lectura de la tradición extremeña del Toro de San Marcos. Hay en las cercanías de Brozas (Cáceres) una ermita dedicada a San Marcos, muy frecuentada de la gente de la comarca por la devoción al santo. Parece ser que a las vísperas de la fiesta, el mayordomo y algunos de la cofradía recorren los lugares en donde las vacas bravas pastan, a placer, durante la primavera, las frescas hierbas. Una vez entre el ganado, sin temor alguno a la ferocidad, se acercan al toro de mayor tamaño y peso, a quien dicen: "Anda acá, Marcos, que ya es hora". La glosa y paráfrasis de la leyenda es muy ilustrativa de sus propósitos desmitificadores:

Notorio es a toda España el culto (si se puede llamar culto), que al glorioso Evangelista S. Marcos se da en su día en algunos Lugares de Extremadura; aunque el modo con que se refiere es algo vario. Puede ser que la variedad no esté precisamente en la relación, sino en el hecho; esto es, que en diferentes lugares de aquella Provincia, en orden a una, u otra circunstancia, sea la práctica diferente. Lo que comúnmente se dice es, que la Víspera de S. Marcos, los Mayordomos de una Cofradía instituida en obsequio del Santo, van al monte, donde está la vacada, y escogiendo con los ojos el Toro que les parece, le ponen el nombre de Marcos; y llamándole luego en nombre del Santo Evangelista, el Toro sale de la vacada, y olvidado, no sólo de su nativa ferocidad, mas aun al parecer de su esencial irracionalidad, los va siguiendo pacífico a la Iglesia, donde con la misma mansedumbre asiste a las Vísperas solemnes, y el día siguiente a la Misa, y Procesoión, hasta que se acaban los Divinos Oficios; los cuales fenecidos, recobrando la fiereza, parte disparado al monte, sin que nadie ose ponersele delante. Entretanto que está en la Iglesia, se deja manejar, y hacer halagos de todo [201] el mundo, y las mujeres suelen ponerle guirnalda de flores, y roscas de pan en cabeza, y astas. Hay quienes dicen, que acabadas las Vísperas, se vuelve al monte, y el día siguiente vuelven por él para la Misa; pero la voz más común es, que no hace más que dos viajes, uno de ida, y otro de vuelta. A alguno, o algunos oí decir, que no el Mayordomo de la Cofradía, sino el Cura de la Parroquia, vestido, y acompañado en la forma misma, que cuando celebra los Oficios Divinos, va a buscar, y conjurar el Toro. También un testigo ocular me dijo, que en un caso en que él se halló presente, el Toro estaba recogido en un corral, y de allí fue a sacarle el Cura, vestido, y acompañado, como hemos dicho;

aunque por más conjuros que hizo, el Toro no quiso obedecerle (*Teatro Crítico*, D.VIII).

Nótese que el padre Feijoo es capaz de advertir con sagacidad dos notas sobresalientes: la similitud del Toro de Coria con rituales mediterráneos antiguos (en concreto, griegos) toro y, por este mismo arcaísmo, el carácter "escandaloso" con que se presentaba para las mentalidades ortodoxas, lo cual fue puesto de relieve por los comentaristas de la época.

Por último, otra temática muy reveladora es la de los *tesoros*, símbolo por excelencia de la leyendística y las narrativas míticas de Galicia y de la península en general (Aparicio, 1999; Martos García, 2015). Es un tema favorito porque le permite a nuestro autor desenmascarar saberes tales como las Artes Mágicas, Astrología Judicial, Geomancia, Hidromancia, Piromancia, Aeromancia, Quiromancia, Necromancia... Para ello, cuenta o parafrasea la leyenda de Cipriano, un hombre piadoso que siente la angustiosa duda de la divinidad. El demonio en forma de caballero se le presenta y trata de vencerle por el amor hacia una dama, Justina, joven cristiana. Firma un pacto y le enseña en una cueva las artes mágicas, pero cuando consigue a su amada ésta es un esqueleto “*En cuanto a la fábula de la Cueva de S. Ciprián, [187] lo que hemos podido averiguar es, que adonde la Cruz de piedra, en el atrio, o plazuela, que llaman del Seminario de Carvajal, había una Iglesia Parroquial llamada de San Ciprián, la cual está unida con la de San Pablo. En ésta había una Sacristía subterránea, a modo de Cueva, que se bajaban unos veinte y tantos pasos, la cual era muy capaz, y vistosa...*” Feijoo, *Teatro Crítico*, Tomo VII, Discurso 7.

La réplica escéptica de Feijoo es contundente:

Aquí será bien descubrir algunos de los artificios de que se valen los embusteros Alquimistas para persuadir que convierten los demás metales en oro. En suma se reducen a que tienen oculto el oro en polvos, o en masa, ya en los carbones con que dan fuego, ya en la ceniza, ya en la misma materia metálica que dicen han de transmutar en oro (de suerte que ponen al fuego, pongo por ejemplo, un pedazo de hierro; pero sólo es de hierro la superficie exterior, y por adentro es oro), ya en la punta de un

báculo de metal, con que revuelven la mixtura en el fuego; y el oro que aparece después hecho masa al fondo de la copela, y que quieren persuadir se hizo de otro metal, es el mismo que tenían oculto, y se derritió durante la operación. Estos son los artificios que he leído; pero puede haber otros muchos (Feijoo, III, D 8, 35).

3. La dualidad de Feijoo y sus relecturas modernas. Lo maravilloso y lo grotesco

Sin duda nuestro autor participa, como hombre ilustrado, de todas las ideas desmitificadoras acerca de supersticiones de cualquier clase que era moneda común entre el vulgo. Su literatura mixta (Varela, 2017) pretende precisamente construir un discurso cargado de pruebas y argumentos capaces de instruir y desengañar al pueblo de sus errores. Pero al traer a colación estas creencias e historias, no puede por menos que citarlas y parafrasearlas, contribuyendo así a fijar estas fabulaciones en forma de textos ("antileyendas"), que van desde la mera alusión de unas pocas palabras a la reproducción amplia de la historia que circula, paso necesario para poder desmentirla y desacreditarla.

En realidad, esta mezcla de elementos populares y eruditos, de fuentes tradicionales y fuentes clásicas, este maridaje de perspectiva da lugar a una percepción "dual" de los textos de Feijoo, que recuerdan en algunos aspectos a la escritura de Borges y la de otros autores que siguen una tradición gallega, según Varela, que de algún modo prefigura la constelación de personajes que vemos en obras como *El bosque animado* (1943) de Wenceslao Fernández Flórez. Varela (2017) lo explica en estos términos:

Feijoo despoja de misterio a la Naturaleza, siempre que puede; pretende sujetar racionalmente su varia y esponjosa realidad. Cae, según Marañón, en la superstición, pero en la superstición de la ciencia,⁶ que le hace comulgar de vez en cuando con mayúsculas ruedas de molino: al admitir, por ejemplo, la existencia de sátiros -originados por «abominable conmixtión de pastores con cabras»-, hombres marinos, tritones y nereidas. Don Marcelino mantuvo que el P. Maestro «Se deleitaba en lo maravilloso y extraordinario, aunque fuese para

impugnarlo», y Vicente Risco prolonga la misma interpretación al afirmar que lo combatía para «reprimir un impulso inconsciente que lo llevaba a creer en él». Sea como fuere, parece evidente que con esta actitud inicia Feijoo un rasgo constante en los escritores de Galicia: la tentación metafísica hacia lo «feérico» o maravilloso -no mágico-, la erudición extravagante y miscelánea (Alvaro Cunqueiro, el mismo Risco), hacia lo anómalo y popular (Valle Inclán, Cela) (Varela, 2017:81).

Es curioso el maridaje entre elementos religiosos admitidos, ortodoxos, y elementos digamos que se “cuelan” de representaciones anteriores, que siempre son algo más que supervivencias o “codas” de rituales pretéritos. Por ejemplo, las representaciones de *Corpus* donde procesiona la Tarasca, o San Sebastián y sus fieras, o los cortejos de diablos, tan populares en Cataluña y otras regiones europeas, y la proliferación de seres o númenes locales de trazos monstruosos (el *jarramplás*, la *mojiganga*, etc.) nos evidencia la existencia de un imaginario muy rico, que no se acomoda bien a las representaciones convencionales. Por tanto, la cuidada dialéctica de Feijoo no puede sino marcar distancias con lugares comunes más que análisis más sutiles, como hoy preconiza la hermenéutica analógica.

Ciertamente, la *visión de lo grotesco* (Bajtin, 1974) como parte de la cultura popular es lo que parece unir a representaciones tan dispares, como las procedentes de los bestiarios, la teratología, la prosopografía de los monstruos, espíritus o diablos. Así pues, se produce una tensión entre las epifanías religiosas tal como llegan a ser codificadas y admitidas en la iconología literaria y en la iconografía pictórica, y las representaciones populares más toscas.

De ello da buena fe el padre Feijoo al intentar conciliar fábulas, patrañas, dogmas y saber científico: sin poner en cuestión, claro, las apariciones divinas admitidas por la Iglesia, aunque, precisamente, estas supersticiones de diablos o monstruos, sean desde luego tan “hierofánicas” (Eliade, 1967) como las apariciones marianas o los prodigios de santos.

4. Conclusiones: aportaciones de Feijoo para la educación literaria

Feijoo se denominaba a sí mismo «ciudadano libre de la república de las letras», si bien se plegaba en gran medida a la ortodoxia católica, y poseía una incurable curiosidad y capacidad crítica. Por tanto, este espíritu de "libre pensador" respecto a las cuestiones que aborda es sin lugar a dudas un signo de modernidad.

Otra cosa diferente es que su método crítico y hermenéutico adolezca de la rigidez propia de la época, que se inspiraba en los métodos de las ciencias experimentales, como el empirismo de Bacon. Es decir, acierta cuando, por ejemplo, reexamina tradiciones de santos exigiendo la aplicación del rigor de fuentes que pretendían los bolandistas. Pero "se queda corto" cuanto atribuye a muchas de las leyendas una lectura literalista, por ejemplo, el Hombre Pez de Liérganes, sin considerar una interpretación simbólica o parabólica.

Así, cuando desacredita la leyenda suiza del Monte Pilatus, y lo pone como ejemplo de disparate, no se da cuenta del valor semiótico que tienen muchas leyendas del paisaje (por ejemplo, *La Mujer Muerta*, montaña segoviana) que se explican por el mecanismo de las pareidolias y por el juego metafórico-metonímico. Ciertamente que Feijoo no podía manejar o conocer los métodos actuales de la llamada *hermenéutica analógica* (Beuchot, 2000), pero precisamente por este afán crítico de caricaturizar muchas de estas tradiciones se pierde lo que es un valor esencial en esta escuela moderna, la "sutilidad", esto es, la sagacidad para entender conexiones o relaciones que subyacen a ciertas formas de fabulación, a ciertos mitos y leyendas, en apariencia "quiméricos", como gusta de llamar Feijoo.

Dicho de otro modo, y a raíz precisamente de estudios como los de Linda Dégh (2001), se ha podido relativizar la cuestión de la credibilidad o veracidad de los relatos legendarios, que no pueden resolverse en base a la verosimilitud externa, como pretende Feijoo, sino en relación a los propios pactos narrativos subyacentes entre texto y lector, esto es, a la configuración del universo narrativo. No hace falta

invocar el concepto de *subcreación* de Tolkien, para establecer que esta caudal de testimonios fabulados o de leyendas no aspira a poseer una verdad periodística o científica, y que no puede tampoco interpretarse con los criterios hermenéutica literalistas o neoevemeristas.

Por ejemplo, el dios Pan y otros genios del bosque no son simples aberraciones de campesinos embrutecidos que se aparean con yeguas, sino, a todas luces, imaginarios de la naturaleza que es preciso descodificar al margen de estos prejuicios. La contradicción es evidente. Si bien Feijoo elabora una serie de discursos consistentes para combatir la superstición y el "error" respecto a lo que establecía la ciencia o el recto criterio racional, no hace lo mismo respecto a las narraciones o historias que forman parte de la ortodoxia cristiana. Además, tal como hemos recalcado, al describir, invocar o evocar todo este universo fantástico, que él tilda de quimérico, contribuye -muy a su pesar probablemente- a edificar un amplio catálogo de imaginarios, concernientes tanto a las tradiciones literarias europeas como al propio folclore peninsular. Y esta *coexistencia*, como decía anteriormente Varela (2017), es muy propia de la corriente fantástica gallega.

Curiosamente, pueden quedar obsoletos tanto los contenidos como el género usado, pues, en pleno auge de la "posverdad", no es fácil hoy establecer, con las jóvenes lecturas, qué contenidos puedan catalogarse de auténticos y cuáles de "espúreos"; tampoco el género ensayístico instructivo es precisamente lo que más atraiga, por la misma razón de huida de cualquier especulación intelectual, y máxime si es dogmática y aleccionadora. Sí cobra valor, en cambio, la fantasía en todos sus formatos de ficción especulativa, y, en esa medida, este universo fantástico traído a colación por Feijoo, despierta el interés taxonómico propio de la posmodernidad, esto es, clasificar, inventariar, describir, visibilizar, en suma, todos estos seres y prodigios, por más quiméricos o disparatados que parezcan.

Aunque la base a menudo es el folclore y las fuentes clásicas, no se olvide que un catálogo semejante de imágenes de *seres feéricos* - como las sirenas o las encantadas, que satiriza en sus cartas- no debe

sostenerse en una perspectiva no localista sino universalista, propia de la moderna *mitología comparada*. Y aunque es donde aparece la erudición, pues, no se trata de recopilar un simple “museo de tradiciones”, de “rarezas”, que se pudieran mostrar y exhibir como una especie de “parada de monstruos”. Otro aspecto moderno es que debemos tomar estas historias como parte de una memoria colectiva viva, en proceso, y por tanto solo podemos acceder a ella desde nuestros propios esquemas culturales. Releer y re-entender estos relatos supone un proceso activo de “jugar” a comprender estas historias, lo cual supone interpretarlas en su sentido más amplio. Es decir, hacer un esfuerzo de *empatía*, de convivir con estas experiencias humanas, lo cual nos lleva a contextualizar nuestra lectura, a tratar de hallar las claves en su contexto originario, a adivinar las intenciones de sus participantes.

Pero también podemos des-contextualizar estas historias, reinterpretarlas a la luz de nuestros parámetros actuales, aplicarles una mirada más crítica o detallada, al modo de Feijoo, que nos lleve a resaltar otros aspectos. En suma, podemos “iluminar” el texto con distintos focos y lentes, y todos ellos nos darán una *realidad poliédrica*.

En suma, la aportación del Padre Feijoo es singular desde muy diversos puntos de vista, desde el filosófico al literario o al folclórico. Haciendo énfasis en lo que hoy llamaríamos una perspectiva mitográfica o etnográfica, el Padre Feijoo fue un gran recopilador *avant la lettre* de creencias y tradiciones que configuran un *corpus* notable de leyendas, consejos, mitos, reelaboraciones y un largo sinfín de testimonios, citas y alusiones que van jalonando sus escritos, no solo el *Teatro Crítico*.

Junto a los elementos más librescos, propios de la tradición escrituraria que alimenta sus discursos y cartas, cabe adivinar un Feijoo interesado por las tradiciones populares, aunque fuera a modo de “coleccionista”. Y, por ello mismo, se puede adivinar en su obra una clave ecologista, pues sus textos también pueden entenderse como un “hervidero” de seres míticos, donde conviven divinidades, náyades, bestiarios, Melusinas y todo un sinfín de númerones que en última

instancia son genios de la naturaleza, una naturaleza que entra en conflicto con la ortodoxia cristiana en sus versiones más toscas (v.gr. los cultos y fiestas de herencia pagana), de un lado, pero que a su vez es reapropiada por la cristianización de mitos que hacen de la Virgen una "Regina Naturae", esto es, una actualización de esas mismas consejas naturistas que trata de desarmar Feijoo (Sanchez Ramos, 2016). Ya Lecouteux (1988) hace un inventario de las hadas, brujas, hombres lobos, sirenas y todo tipo de tradiciones fantásticas y su incidencia, desde la Edad Media a la Moderna, en Europa, y en particular en Francia, en cuyas fuentes bebe a menudo Feijoo.

Con todo, la alforja de todo este arsenal de historias referidas en la biblioteca feijoniana nos habla de leyendas taumatúrgicas, pero también naturistas y animalistas, que constituyen hoy un acervo en expansión, gracias a fantasías épicas de éxito como *El Señor de los Anillos* y a la profusión de sagas y *remakes* de estos mismos mitos. Júzguese si no la "cascada" de historias maravillosas con que Feijoo cierra el discurso "Racionalidad de los brutos":

En que lo primero decimos, que se deben condenar como fabulosas algunas narraciones que hay en esta materia, si no intervino obra del demonio en ellas. Tal es en Homero la del Caballo de Aquiles, llamado Xanto, que le pronosticó la muerte a su dueño. Tal en Julio Obsecuente, Escritor Latino, la del buey, que avisó a los Romanos de la inundación que amenazaba el Tíber con estas voces: Roma tibi cave. Guardate Roma. Tales otras muchas de aquel gran amontonador de prodigios Tito Livio: en las cuales juzgo que no hay más verdad, que en que un árbol hablase a Apolonio Tyanéo, como cuenta Filóstrato; en que un río saludase a Pitágoras, [222] como refiere Porfirio en que hablase el Laurel, consagrado a Apolo en Metaponto, como se lee en Ateneo; y en que a Mahoma, en la vuelta de Meca, le rindiesen el mismo obsequio cuantos árboles, peñascos, y montes halló en el camino, como mienten los Mahometanos, y queda impugnado en el sexto Discurso (Feijoo, *Teatro crítico universal* (1726-1740), tomo tercero (1729). Texto tomado de la edición de Madrid 1777, 187-223).

Por tanto, la perspectiva abierta hacia esta realidad multidimensional es en realidad un cierto adelanto de la mirada ecopoética propia del ecocrítica (Jamieson, 1996; Bartolomé, 2010),

porque se trata de reconocer y de poner en primer plano la Naturaleza en su singularidad y vastedad. En esta media, estas controversias no solo deleitan a menudo por su "candidez", desde nuestra percepción moderna, sino que visibilizan conflictos con la Naturaleza y prefigura una visión mucho más actual donde, como en el citado *El Bosque Animado*, conviven humanos, árboles mágicos, aparecidos, en suma, seres humanos y seres no-humanos o sobrenaturales coexisten e interaccionan en un mismo plano. En esa medida, ayuda a educar la "mirada" a jóvenes lectores impregnados de una mentalidad de consumo y de depredación del medio ambiente. Algo similar cabe decir de un Feijoo moderno, defensor de las mujeres, que desmonta los estereotipos sobre ellas, discurso XVI del *Teatro Crítico*.

En resumen, las (re)lecturas de Feijoo sobre las tradiciones que glosa son obsoletas y modernas al mismo tiempo. Su didactismo y moralismo, y su concepción peyorativa sobre la mayoría de estas fabulaciones, le impide acceder a la dimensión poética que la hermenéutica analógica (Beuchot, 2000) ha puesto en valor, y a cuya luz mucho de lo que él describe como quimeras o disparates cobra otro sentido muy distinto. Pero es moderna, en todo caso, su actitud como recopilador *avant la lettre* de tradiciones populares y, frente al destierro de lo maravilloso en la Ilustración, su interés por los imaginarios y su curiosidad hacia aspectos hoy revalorizados, en tanto que específico del patrimonio inmaterial, como los mitos y leyendas. Todo ello abogando por una nueva perspectiva intertextual y hermenéutica, que concilie las fuentes populares con la herencia literaria, y la hermenéutica clásica con la analógica.

A fin de cuentas, de lo que trata la educación literaria no es solo de vehicular la competencia lecto-literaria sino de acceder a unos contenidos más o menos heterogéneos (que podemos llamar de forma vaga "conocer el mundo", ficcional o no), pues es sabido que una lectura se potencia cuando hay un entrenamiento retórico y se (pre)conocen o son familiares sus contenidos. Y no hay nada mejor para esto que "azuzar" la "tentación diabólica de instruirse", según la expresión de Voltaire que glosan acertadamente Ballester e Ibarra

(2013) como divisa de la educación literaria. La cultura juvenil actual, tan cercana a la cultura *fan*, es una prueba de todo ello: el entusiasmo o el acercamiento casi compulsivo son las mejores estrategias de apropiación de las lecturas. Feijoo, casi tres siglos después, nos ilumina el camino: no ser indiferentes a la realidad "mágica" que nos rodea.

Bibliografía

Aparicio, B. (1999). *Mouras, serpientes, tesoros y otros encantos. Mitología popular gallega*. Cadernos do Seminario de Sargadelos, 80. Sada: Edicións do Castro.

Bajtín, M. (1974). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Barcelona: Barral.

Ballester, J. e Ibarra, N. (2009). La enseñanza de la literatura y el pluralismo metodológico. *Ocnos: Revista de estudios sobre lectura*, 5, 25-36.

Ballester, J. e Ibarra, N. (2013). La tentación diabólica de instruirse. Reflexiones a propósito de la educación lectora y literaria. *Ocnos: Revista de estudios sobre lectura*, 10, 7-26.

Bartolomé, J. M. P. (2010). Ecocrítica y ecoantropología. *Ecozon@: European Journal of Literature, Culture and Environment*, 1, 174-177.

Beuchot, M. (2000). *Tratado de hermenéutica analógica: hacia un nuevo modelo de interpretación*. México: Unam.

Caro Baroja, J. (1969). *Ensayo sobre la literatura de cordel*. Madrid: Revista de Occidente.

Ceñal, R. (1964). Feijoo, hombre de la Ilustración. *Revista de Occidente*, 21, 313-334.

Dégh, L. (2001). *Legend and belief: dialectics of a folklore genre*. Bloomington: Indiana University Press.

Del Pozo, A. (1953). *Tres hombres y un problema. Feijóo, Sarmiento y Jovellanos ante la educación moderna*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Eliade, M. (1967). *Lo sagrado y lo profano*. Madrid: Guadarrama.

Encabo, E., y López, A. (2004). *Didáctica de la literatura: el cuento, la dramatización y la animación a la lectura*. Madrid: Octaedro Editorial.

Feijoo, B. J. (1773). *Teatro critico universal, ó, Discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes*, 4. Madrid: Real Compañía de Impresores y Libreros.

Feijoo, B. J. (1787). *Cartas eruditas y curiosas, en que por la mayor parte se continúa el designio del Tatro crítico universal, impugnando o reduciendo a dudosas varias opiniones comunes...*: Tomo primero [-quinto] (Vol. 5). Pamplona: Cosculluela.

Fuentelapeña, F. A. (1676), *El ente dilucidado: discurso único novísimo que muestra que hay en naturaleza animales irracionales invisibles y quales sean*. Madrid: Imprenta Real.

García de Diego, V. (1958). *Antología de leyendas de la literatura universal*, 2 vols. Barcelona: Labor.

Giordano, J. (1970). Feijoo y el género ensayístico. *Grial*, 8(30), 409-417.

Goleman, D. (2015). *El cerebro y la inteligencia emocional: nuevos descubrimientos*. Barcelona: Ediciones B.

Jamieson, D. (1996): *The Ecocriticism Reader: Landmarks in Literary Ecology* (org. Cheryll Glotfelty e Harold Fromm). Athens, Georgia: University of Georgia Press.

Lecouteux, G. (1988): *Hadas, brujas y hombres lobo en la Edad Media. Historia del doble*, Mallorca: Olañeta Editor.

Marco, J. (1977). *Literatura popular en España en los siglos XVIII y XIX*, Madrid: Taurus.

Marichal, J. L. (1951). Feijoo y su papel de desengañador de las Españas. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 5(3), 313-323.

Martos García, A. (2009). Hacia una conceptualización de la cultura escrita: contextos y prácticas letradas en y desde El Quijote. *Ocnos: Revista de estudios sobre lectura*, 5, 55-68.

Martos García, A. (2015). Imaginarios clásicos y nuevas lecturas de las leyendas de tesoros. *Opción*, 31(78), 184-202.

Martos Núñez, E. (2007). *Cuentos y leyendas tradicionales: teoría, textos y didáctica*. Vol. 15. Cuenca: Univ de Castilla La Mancha.

Martos Núñez, E. (2010). De la república de las letras a internet: De la ciudad letrada a la cibercultura y las tecnologías del S. XXI. *Álabe: Revista de Investigación sobre Lectura y Escritura*, 1, 1-16.

Núñez, G. y Campos, M. (2005). *Cómo nos enseñaron a leer*. Madrid: Akal.

Ortiz, A. (2006). *Feijoo y la tradición discursiva en contra de las supersticiones*. Universidad Autónoma de Zacatecas, Coordinación

de Investigación y Posgrado, Unidad Académica de Estudios de las Humanidades y las Artes.

Sánchez Ramos, V. (2016). *María, Regina Naturae*. Actas Congreso Mariano Nacional.

Soriano, M. (1975). *Los cuentos de Perrault: erudición y tradiciones populares*. Madrid: Siglo Veintiuno.

Thompson, S. (1972). *El cuento folklórico*. Caracas: Universidad Central

Varela, J. L. (2017). La «Literatura Mixta» como antecedente del ensayo feijoniano. *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, 18(1), 79-88.

Von Sydow, C. W. (1965). Folktale studies and philology: Some points of view. In A. Dundes (Ed.). *The study of folklore*, (págs.219-242). Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall (Original work published 1948).

Zavala, M. (1998). Apuntes acerca de la leyenda en tradición oral del noreste de México. *Arrabal*, 1, 191-195.

